

Recuerdos de mis abuelos

—A Torrelavega, —dice el abuelo Antonio.

—¡Si!, mira cómo se acuerda, —exclama mamá.

—Y a..., —sigue pensando el abuelito.

—A Tanos, —le dice la abuela Celia.

—Torrelavega, Reinosa... Reinosa, —intenta recordar sin mucho atino.

—Pues el guía que tuvimos en la visita guiada de Santander era de Tanos.

—Ya decía yo que me sonaba de algo ese nombre, —comenta mamá.

—Pues a mí me sonaba de los héroes de Marvel —comento.

—Reinosa, Torrelavega... —la concentración del abuelo no da para más.

—Pero luego te fuiste a la mili, —trata mamá de cambiar de tema. —¿Con qué años?



—Pues cuando me tocó, —responde mi abuelo

—¿Y a dónde fuiste?, —pregunto

—A Melilla

—¿Y qué tal te fue allí?

—¡Hum! bien, —indica pensativo.

—¿Sí? —Y ¿qué hiciste allí?, —intento sonsacarle con cierto esfuerzo.

—¿Qué hice? —Pues lo que me decían que hiciera —responde.

—¿Y qué te decían que hicieras?

—Pues trabajos de electricista —contesta.

—Y creo que casi, casi te quedas allí, porque has sido siempre tan trabajador que no querían dejarte marchar... —explica mamá

—Casi, pero como tenía novia me vine de nuevo a casa, —dice el abuelo Antonio con cierto orgullo.



Todos miramos a la abuela que está entretenida escuchando nuestra conversación.

—Y luego te llevaste a la abuela de viaje de novios a Melilla, —comento. —

¿Y qué os pasó a la vuelta?, —pregunta mamá a los dos. —Porque esta

historia es muy buena... —¿Qué os pasó a la vuelta del viaje de novios? —
insiste.

—¿Qué nos pasó?, —pregunta la abuela, un poco despistada.

—¿Que os gastasteis toda la propina que os dieron en la boda...?, —aclará
mamá.

—¡Ay sí!, —dice mi abuela con esa cara de picardía que tanto me gusta. —Y
nos quedamos sin dinero porque yo no pensaba que tuviéramos que vivir
por nuestra cuenta y nos gastamos todo lo que teníamos. —Imagínate, nos
casamos el 1 de diciembre y volvimos el día 10 y hasta finales año, tu
abuelo no cobraba de nuevo. —comenta la abuela entre risas.

—¿Y cómo lo hicisteis?, —pregunto.

—¡Pues ya ves hija!, nos tuvimos que ir a comer donde mis padres, pero de
lo que menos pensaba yo que teníamos que vivir de lo nuestro. Y ahí me di
cuenta de que tenía que guardar...

—Yo no me acuerdo de eso, —indica mi abuelo.

—¿No te acuerdas?, —le dice la abuela un tanto sorprendida. —Tu siempre
has dicho que he administrado muy bien el dinero.

—Siempre, —dice todo convencido. —Bueno, lo has administrado y lo sigues
haciendo muy bien.

—¡Ah!, menos mal, —confirmando indicando a mi abuelo. —Aunque siempre
has dicho que si algún día te toca la lotería se lo vas a traer en pesetas y
duros, para que lo cuente.

—Pero no tengo la suerte esa..., —dice el abuelito con cierta pena.

—Pero abuelo, si una vez te tocaron ciento cincuenta euros, —le digo.

—¿Cuánto dices hija?

—Ciento cincuenta euros. —¿No te acuerdas?, —le repito

—¿Y dónde están?...

Entre las risas que nos produce la reacción del abuelo, este se saca una galleta del bolsillo y me dice:

—¿La quieres hija?

Para mí, escuchar estas historias de boca de mis abuelos es un verdadero placer. Mi abuela le cuida mucho, le ayuda a tener lucidez y que se acuerde de las cosas, a veces le cuesta mucho, cada vez más. A ella también hay que cuidarla, porque convivir con un enfermo de Alzheimer es muy complicado. Llevan juntos desde que eran adolescentes. Ahora acaban de cumplir ochenta años. Toda una vida...



Son mis abuelos.